

Ella, que instintivamente busca a su alrededor un escondite para la querida imagen, se aturde, avarienta de ocultar al esposo. ¿Dónde? Se olvida de sí misma.

—Quiero guardarte... Sube gente... ¿oyes?

Él ha visto la cara de la joven en el soleado reflejo que alumbraba el icono de la Virgen. Está blanca de susto, las ojeras se le acentúan como si el maquillaje excesivo de una actriz le diese un carácter de víctima en el drama de aquella hora.

Se resiste el marido a prolongar la escena.

Empuja las persianas, cerrando los posibles resquicios a la luz. Y a tientas, por las habitaciones oscuras, lleva a su mujer de allí.

—No intentes nada. No te agobies de esa manera. Como nuestra casa hay muchas así, en abandono, expuestas a toda clase de exterminios. Y otras son mejores, más ricas, más fuertes, más importantes. Hay palacios históricos, museos, bibliotecas, santuarios... los hogares de Dios; desde el humilde oratorio hasta la gigante catedral.

—¡Tienes razón!—balbuce María Luisa, apoyando en las manos del muchacho las suyas heladas.

Diríase que el remusgo del amanecer, inevitable hasta en el verano de la Castilla central, ha colado un soplo de hielo en la sorda vivienda que se estremera, caídos los párpados, sombría y taciturna como una enferma. Hasta el fogón, que ha consumido los preclaros documentos de Latorre, ha extinguido su llama inexorable.

—Nadie sube, ¿te convences?—le repite el abogado a su mujer, deteniéndola en el hall. El muchacho recomienda: —Faltan ya pocos minutos para que vengan a buscarnos; que todo esté listo.

De nuevo ha reaccionado María Luisa ante la prontitud de la fuga. Viste a su hijo, le envuelve y se le entrega a Claudia.

Se había resentido de sorpresa y de soledad la huída del matrimonio Latorre. Forasteros los parientes más cercanos; los amigos, en trance de amenazas pavorosas. Se vieron solos, entre espías, acuciados por las delaciones que súbitamente se les convertían en riesgo mortal. Y ninguna providencia de ocultación había para sus intereses materiales.

—Ahora sí que hay pasos en la escalera—avisa Claudia, en un escucho trágico.

También en la puerta unos golpes singulares.

Gabriel se tranquiliza:

—Es el portero—asegura—. Y desde fuera le convencen con discreta señal:

—El coche de la Embajada.

Dentro del dormitorio arde una bombilla minúscula. María Luisa, ya dispuesta para salir, recoge, con unción, *La historia de bebé* y la deposita, reverente, en la entreabierta cuna de su José Antonio. Dobla en seguida las vaporosas colgaduras bordadas de flores y cierra así aquel frágil sepulcro, donde un excelso corazón de española junta el nombre de un César y el de un ángel en un solo tributo de fervor.

La última lámpara del hogar ha dejado de arder.

María Luisa entorna con religiosa ternura la estancia preferida, amada tumba donde van a dormir dos recuerdos sagrados: hasta que los despierte y los profane el terror bolchevique.

Ya la mujer reclama su niño para el gran viaje. Pero se le acerca el marido, atento y cuidadoso:

—No; yo le bajaré. Apóyate en mí.

La apostura del mozo, su arrogante virilidad, cobran solvencia y robustez cuando él abandona así los dinteles de su casa, con rumbo a una vida pobre y misteriosa, ciega de aventuras; solo con su conciencia y su fe. Y en cada brazo el peso dulce y terrible de un amor.

Claudia, muy afligida, soporta dos frágiles maletas; siente como el paso furtivo de los viajeros repercute en la oscuridad de las habitaciones desiertas, con una especie de estertor. Y agita las vueltas de un llavín que debe entregar a los porteros.

—Se ha muerto la casa—va insistiendo la doncella detrás de los señores, contagiada por el frío de una silenciosa agonía.

El auto protector recibe y salva a esta noble familia española. Gesto alemán inolvidable.

—Cierra los ojos: no mires!—recomienda Gabriel a María, que toma al niño en su regazo.

Hay muertos en la calle. Hay unas caras atroces que enarbolan su furia contra los que huyen.

Poco después, el aeródromo, unas alas providentes, el vuelo azul en el espacio sublime de Castilla. Y la esperanza: la libertad.

Ahora España otra vez. El suelo redimido que la Cruz ha vuelto a bendecir; los laureles inmarcesibles de Franco, las banderas victoriosas del primer Ejército del mundo.

Para Gabriel Latorre, una brava trinchera en el frente de Aragón.

Ha traído a María Luisa y a José Antonio cerca de él. Y sabe que ha perecido, totalmente, su bella casa de Madrid.

María Luisa, instalada en una modesta pensión, ha bordado en rojo la camisa azul del marido. Y no tiene cuna para su bebé.

Es aquella muchacha muy pensativa, sobria y austera, interesante como ninguna, que solemos encontrar aquí, en los días de sol, con un niño en la mano.



## SALA DE LA ENFERMERA PROVISIONAL.

*Tengo diecinueve años y uno y medio de Hospitales. Me han mandado que escriba algo sobre ellos. Cuando me pongo a pensar, recuerdo mil cosas, pero en cuanto escribo, me sale todo redicho como labor de monja. Haré lo que pueda. Y el que dice lo que sabe, hace lo que puede y da lo que tiene, no está obligado a más.*

*Son las ocho de la mañana cuando voy al trabajo. En la terraza del Hospital hay ya algunos heridos, llenándose los ojos de sol. Van andando torpemente, dormidos aún, despeinados, con las botas sin atar. De vez en cuando se pone alguno a cantar o a hacer una cabriola, contento de verse encima la primavera y la salud.*

*«De tanto estar encerrados se nos estaba poniendo cara de acelga», dice uno. «Buen día hoy. Ahora estarán sembrando el maíz, allá en el pueblo». Casi todos son labradores y tienen añoranzas de su tierra y su trabajo.*

*Hay que subir a las salas. Filas interminables de camas nos esperan ya. El gallego, de los ojos bonitos, saluda como todos los días: «¡Ay, camaradita, que me muorro!» Pero no se morirá; no tiene más que un pequeño agujero de metralla y muchos mimos. Le doy agua en una palangana para que se lave y me mira con ojos suplicantes; debe estar muy fría.*

*Voy hacia otra sala. Antonio está hoy menos triste; parece que se le ha quitado un poco la niebla que llevaba en la cara desde que le cortaron la pierna. Fue en Teruel, de un cañonazo. Le digo tres tonterías y le pregunto por su novia. Se ríe. La Hermana viene, contenta de verlo, y parece que en la sala ha entrado más luz. ¡Qué bueno es hacer reír a un chico de dieciocho años!*

*A media mañana, visita del médico. ¡Ya está aquí el carro de combate! Empujado por las enfermeras se para en todas las camas, una después de otra. Al verlo acercarse, hay caras de miedo y sonrisas bravuconas. «¿Todos esos hierros hacen falta?», preguntan los recién llegados. Ahora le toca el turno a un aragonés; mientras el médico inspecciona la herida, el muchacho se pone a cantar. Una enfermera le pregunta:*

*—¿Tan contento estás, maño, que ya ni te duelo?*

*—Cuando el aragonés canta, o está molido o poco le falta—contesta.*

*La enfermera se azora un poco, porque asegura que no ha sido precisamente molido la palabra empleada; es novata y no entiende.*

*Hay que barrer la sala. Nunca creí que fuera tan larga. La Hermana mira por debajo de las camas a ver si nos dejamos algo. Salen cosas inverosímiles: cáscaras de cangrejo, corchos y botellas vacías. Miro al herido con cara seria, y se turba. Por fin acabamos de barrer y nos vamos a servir la comida.*

*En el comedor hay mucho sol, que se refleja en los hules de las mesas y en las caras de los heridos. Seis músicos, en una plataforma, tocan pasodobles, jotas y cantos gallegos.*

*Rezamos un poco; hay respeto, porque la voz de la Hermana y las palabras de la oración lo imponen, aunque muchos no conozcan el rezo.*

*Empiezan a comer casi en silencio, pero la música los va excitando, y al segundo plato las voces se hacen fuertes, y todos llevan el compás con las cucharas. También nosotras andamos más firmemente por entre las mesas, cuando toca la música. Hay que tener cuidado con lo que hacen; saben pequeños trucos para procurarse una ración mayor de vino, y ayer uno se comió todo un tubo de pasta dentífrica que acababa de repartirles, metiéndolo en la chuleta como si fuera mostaza. La Hermana se alarmó muchísimo cuando lo supo y vigilaba al herido de reojo; pero él parecía muy feliz después de habérselo comido.*

*Acaban ya. Dos palmadas y a cantar nuestra canción, el Cara al Sol, que parece tener más significado como ellos lo dicen, a golpes de maza, con voces recias que ahogan la música.*

*Luego salen, despacio, hacia la calle, a formar esos grupos que en los bancos de los paseos y en las esquinas de las calles dicen flores a las chicas. Es tan corriente verlos arrastrando sus bastones en una tarde de sol, que son ya como una cosa más de la ciudad, y pasamos al lado suyo sin acordarnos de lo que significan.*

San Sebastián y marzo de 1938.

CONCHA ESPINA

San Sebastián, marzo de 1938.

MACUCA